

suelto que afortunado, porque él era quien lo había transportado milagrosamente desde Alejandria á Frejus; y sin embargo, estaba en un error, pues aquel gefe, aunque marino muy esperto, conocedor de los mares de levante, y duro en las batallas, adolecia de cierta indecision y se apocaba cuando tenia que aceptar un encargo de mucha responsabilidad. La expedicion estaba ya pronta; se habian embarcado las familias de varios empleados, creyendo que iban á Santo Domingo, y sin embargo todavia se vacilaba. Savary autorizado con las órdenes del primer consul, venció todas las dificultades, y precisó á Ganteaume á hacerse á la vela. Los cruceros enemigos que lo notaron dieron aviso de la salida de los franceses á la escuadra de bloqueo, y Ganteaume tuvo que volver á anclar en la rada exterior, la de Bertheaume, y fingió entonces que entraba nuevamente en la bahia, con el objeto de persuadir á los ingleses, que todos aquellos movimientos tenian solo por objeto ejercitar á sus tripulaciones.

Al fin el 23 de enero (3 de pluvioso), á favor de una gran tempestad que alejó á los cruceros enemigos, pudo hacerse á la vela, y salir sin contratiempo del puerto de Brest, no obstante los riesgos que le amenazaban, haciendo rumbo al estrecho de Gibraltar. El socorro de Ganteaume era tanto mas de desear cuanto que la famosa expedicion de quince á diez y ocho mil ingleses, destinada unas veces al Ferrol, y otras á Cadiz ó al mediodia de Francia, navegaba á la sazón hacia Egipto. Estaba en la rada de Macri, enfrente de la isla de Rodas, aguardando la estacion de

los desembarcos, y el fin de los preparativos hechos por los turcos.

Habiase dado órden á todos los periódicos de la capital, para que nada anunciassen acerca del movimiento que se advertia en los puertos de Francia, á no ser que reprodujesen noticias ya dadas por el *Monitor* (1).

Antes de seguir las operaciones de nuestras escuadras en el Mediodia, conviene volver la vista al Norte, y saber lo que pasaba entonces entre Inglaterra y las potencias neutrales.

Los mayores peligros se aglomeraban en aquel instante sobre el gobierno británico. Al cabo estalló la guerra entre este gobierno y las potencias del Báltico. La declaracion de las neutrales semejante á la que hicieron en 1780, era una simple declaracion de sus derechos, y así bien habria podido la Inglaterra disimular todavia con ellas; no tomar dicha declaracion que hablaba en general con todas las partes beligerantes, como directamente encaminada á ella misma, y procurar por algunos momentos evitar todo choque, tratando de no tenerle con las embarcaciones dinamarquesas, rusas ni prusianas, porque en efecto, le importaba mucho mas conservarse en paz con el Norte de Europa, que estorbar el comercio de las pequeñas potencias maritimas con

(1) He aquí una carta curiosa sobre el particular.

«El primer consul al ministro de la policia general.

«Os ruego, ciudadano ministro, que prevengas á los redactores de los catorce periódicos por medio de una breve circular, que nada digan que pueda instruir al enemigo de los diferentes movimientos que se efectuan en nuestras escuadras, á menos que lo tomen del periódico oficial.

Paris 1.º ventoso año IX. (Archivo de la secretaria de estado.)

Francia. Por otra parte, la falta que en la actualidad tenia de granos extranjeros, le hacia tambien indispensable por algun tiempo la libertad de las neutrales, además de que en rigor, únicamente con la Rusia era con quien podia emplear medios de represalias, porque entre todos los individuos que formaban el cuerpo de la liga de los neutrales, solo el emperador Pablo habia añadido á la declaracion la medida del embargo, y esto lo habia hecho mas por la cuestion de Malta que por algun otro de los demas puntos contenciosos del derecho marítimo.

Pero Inglaterra poseida del mayor orgullo, respondió á una esposicion de principios con un acto de violencia, y declaró embargados todos los navios rusos, suecos y daneses, escluyendo solamente de esta medida el comercio de la Prusia, con la cual aun guardada consideraciones, porque esperaba apartarla de la coalicion, y sobre todo, porque aquella potencia tenia al Hannover bajo su dominio.

Hallábase, pues, la Inglaterra en guerra al propio tiempo con Francia y España, sus enemigas antiguas; con las cortes de Rusia, Suecia y Prusia, antes sus aliadas; acababa de verse abandonada por el Austria desde la paz de Lunneville, por la corte de Nápoles desde el tratado de Florencia, y por último, iba á quedar privada tambien de Portugal, su postrer apoyo en el continente. Su situacion era la misma que la de Francia en 1793, teniendo que luchar sola contra toda Europa, con menos peligro que la Francia, pero tambien con menos mérito en defenderse, porque su situacion insular la preservaba

del peligro de una invasion. Pero para que la semejanza de circunstancias fuese mas completa, tambien en Inglaterra se experimentaba á la sazón una cruel hambre, careciendo el pueblo de los alimentos mas indispensables; lo cual se debia á la obstinacion de Mr. Pitt, y tambien al genio del general Bonaparte, pues que Pitt por no haber querido entrar en negociaciones antes de la jornada de Marengo, y Bonaparte por haber desanimado á varias potencias de Europa con sus victorias, enemistado á las demás con Inglaterra como político, eran indudablemente los autores de aquel prodigioso cambio de fortuna.

Grave era el apuro de Inglaterra, pero preciso es confesar que en aquel momento no se dejó abatir. La cosecha de granos del año último, fué inferior en una tercera parte á la de los años comunes, y se habian consumido todas las existencias anteriores. Además en el año 1800 resultó menor todavia en una cuarta parte, lo cual fué causa de una gran carestia, y esta se aumentó despues mucho mas con la guerra general, y con la particular, sostenida contra las potencias marítimas, por que los abastecimientos de granos procedian comunmente del mar del Norte. Asi pues, como la causa principal del hambre era la mala cosecha, la guerra influia tambien en ella considerablemente, y aun cuando no hubiese influido mas que en los precios, á causa de las trabas que experimentaba el comercio del Báltico, siempre tenia una gran parte en la miseria pública. Todas las contribuciones presentaban en aquel año descubiertos considerables: el *income tax* y los derechos sobre consumos hacian temer que

produjesen en los ingresos una baja de 300 á 400 millones de reales (1). Las atenciones á que habia de hacerse frente aquel año eran enormes, y para cubrir las se hacia necesario recurrir á un empréstito de 2,500 á 2,600 millones (2). El total de los gastos en los tres reinos (la Irlanda acababa de incorporarse) comprendidos los intereses de la deuda creada por Mr. Pitt, ascendia á 6000 millones (3), suma en cualquiera ocasion enorme, pero mucho mas en el año 1800, por que en aquella época no habian recibido aun los presupuestos el considerable incremento á que han llegado en todos los países durante los cuarenta años últimos. En Francia como ya hemos dicho, no pasaban los gastos de 2,400 millones. El importe de la deuda inglesa, era como siempre muy incierto; pero atendiendo á los mismos cálculos del gobierno (4), ascendia respecto al capital, á 48,796 millones (5), para cuyos intereses y amortización se exigian anualmente 2,016 millones (6), esto sin contar la deuda de Irlanda, y los empréstitos afianzados por cuenta del emperador de Alemania. Culpábase á Mr. Pitt de que en la guerra de la revolucion habia aumentado el capital de la deuda en mas de 7,500,000 (7), y segun declaracion del mismo gobierno, en 7,454,000 (8).

(1) De 3 á 4 millones de esterlinas.

(2) 25 ó 26 millones de esterlinas.

(3) 69 millones de esterlinas.

(4) Todos estos guarismos estan sacados de las proposiciones de hacienda presentadas al parlamento en junio de 1801 por Mr. Adington sucesor de Mr. Pitt.

(5) 484,367,474 libras esterlinas.

(6) 20,144,000 libras esterlinas.

(7) Mas de 300 millones de libras esterlinas.

(8) 258 millones de libras esterlinas.

Mas por otra parte no puede negarse que Inglaterra presentaba á la vista un verdadero fenómeno de engrandecimiento en todo, y que se acrecentaba su riqueza en la misma proporcion que sus cargas. Además de la conquista de la India, terminada con la destruccion de Tippoo-Saeb y de la de algunas de las colonias francesas, españolas y holandesas; á las cuales acababa de agregar la adquisicion de la isla de Malta, Inglaterra habia invadido el comercio del mundo entero. Segun los estados oficiales, sus importaciones que habian ascendido en 1781, á fines de la guerra de América á 1,272 millones de reales, y en 1792, cuando comenzó la guerra de la revolucion, desde 1,964 millones acababan de ascender á 4,992 millones. Las extracciones en manufacturas inglesas que en 1781, habian valido 760, importaron en 1792, 2,488 millones, y en 1792, 3,396, de suerte que se habian triplicado todos estos valores despues de concluida la guerra de América, y casi duplicado despues de la revolucion. En 1788, empleó el comercio inglés trece mil ochocientos veinte y siete buques, y ciento siete mil novecientos veinte y cinco marineros, y en 1801, hizo subir el número de los primeros á diez y ocho mil ochocientos setenta y siete, y á ciento cuarenta y tres mil seiscientos sesenta y uno el de los segundos. La renta de los derechos sobre consumo se habia tambien aumentado desde 732 á 4,556 millones; y el fondo de amortización que en 1784 era de 4,000 millones, no bajaba de 548 en el año 1800.

Habianse pues duplicado ó triplicado las fuerzas del Imperio británico en el espacio de veinte

años, y si sus apuros por aquel tiempo eran grandes, eran como apuros de rico. Verdad es que tenía una deuda de mas de 48,000 millones, y para el pago de esta deuda, una carga de 2,000 millones anuales, y que en el año á que nos referimos tenía que cubrir un gasto de 6,800 millones, y contraer un empréstito de 2,400 millones para subvenir á sus necesidades; gravámenes seguramente enormes, sobre todo considerados los valores de la época: pero tambien contaba con fuerzas proporcionadas á estas cargas. Aunque no era potencia continental, reunia un ejército de ciento noventa y tres mil hombres de tropas disciplinadas, y ciento nueve mil de milicias, y los voluntarios, que entre todos componian trescientos dos mil hombres. Poseia ochocientos catorce buques de guerra de todos tamaños, construyéndose ó carenándose, en armamento y corso, comprendiéndose en este número cien navios de línea y doscientas fragatas, diseminados por todos los mares, con mas de veinte navios y cuarenta fragatas de reserva, en disposicion de salir de los puertos, de forma que no se podia calcular su fuerza efectiva en menos de ciento veinte navios de línea, y doscientas cincuenta fragatas, con ciento veinte mil marineros. A estas fuerzas colosales, juntaba la Gran Bretaña multitud de oficiales de marina de sobresaliente mérito, y á su cabeza un eminente marino como Nelson, hombre de carácter raro y violento, á quien no se podia confiar cargo alguno que requiriese tanta habilidad política cuanta pericia bélica. Esto lo habia hecho palpable en Nápoles no mucho antes, pues dejo que comprometiesen su nombre unas mugeres

en los atroces suplicios ejecutados de orden del gobierno napolitano. Con todo en medio del peligro era un héroe, que se distinguia así por su inteligencia como por su audacia. Los ingleses estaban justamente envanecidos con su gloria.

Inglaterra y Francia han llenado el siglo con su formidable rivalidad. El momento á que hemos llegado en esta relacion es uno de los mas notables de la lucha que han sostenido una contra otra. Ambas acababan de pelear durante ocho años. La Francia con recursos rentísticos mucho menos vastos, pero acaso mas sólidos porque se fundaban sobre una renta territorial; con una poblacion numerosa y con el entusiasmo que inspira una buena causa, habia resistido á la Europa, estendido los límites de su territorio hasta el Rhin y los Alpes, alcanzando la dominacion de Italia y una influencia decisiva sobre el continente. La Inglaterra con los productos del comercio del mundo y con una marina poderosa habia adquirido sobre los mares la preponderancia que la nacion francesa acababa de conseguir en tierra, habiendo arrojado sobre su rival á todas las potencias europeas dándoles para ello dinero y obligándolas á pelear hasta quedar casi destruidas; pero mientras las esponia á perecer por su causa, conquistaba las colonias de todas las naciones, oprimia á los neutrales, y se vengaba de los triunfos obtenidos en tierra por la Francia, con su intolerable dominio en la mar; y sin embargo aunque vencedora en este elemento no habia podido impedir que Francia crease en Egipto un magnífico establecimiento marítimo que amenazaba tambien á las Indias británicas.

Efectuabase entonces, como en otro lugar hemos dicho, una mudanza singular en la opinion de todo el mundo. Francia admirablemente gobernada, aparecia á los ojos del universo, humana, prudente, tranquila y, lo que es mas admirable, victoriosa y moderada. Así al paso que iban volviendo á serle amigos todos los gobiernos, todos se apercebían del papel ridículo que habian representado sirviendo sin saberlo á los fines de la política inglesa. Por Inglaterra, habia sufrido el Austria tantas derrotas como por defender su propia causa. Por Inglaterra habia quedado desmembrado el Imperio germánico. Las potencias del Norte, con la Rusia á su cabeza, hubieron de desengañarse al fin, de que llevando por pretesto un fin moral combatiendo á la revolucion francesa, unicamente habian concurrido á proporcionar á la Inglaterra el comercio del universo. Así pues todo el mundo se volvia en aquel momento contra la señora de los mares. Pablo I se anticipó á los demas en el ímpetu propio de su caracter. Siguióle sin vacilar la Suecia, y poco despues aunque con menos resolucion, imitaron su eemplo Dinamarca y Prusia. El Austria vendida y desengañada de sus ilusiones, devoraba su pesar en silencio, y esperaba á lo menos por entonces poder resistir por mucho tiempo la influencia de los subsidios británicos.

Inglaterra recogia los frutos de la política que habia adoptado, pues si habia aumentado sus colinas, su comercio, sus rentas y su marina, tambien habia aumentado su deuda, sus gastos, sus cargas y sus enemigos, presentando al lado de una inmeasa riqueza, el horrendo espectáculo de un

pueblo que perecia de hambre. Francia, España, Rusia, Prusia, Dinamarca y Suecia se habian ligado contra ella, Francia, España y Holanda juntas reunian ochenta navios armados y podian equipar algunos mas; la Suecia tenia veinte y ocho, Rusia treinta y cinco y Dinamarca veinte y tres que formaban un total de ciento sesenta y seis navios, fuerza muy superior á la de la marina británica. Pero en cambio llevaba Inglaterra á sus contrarios una ventaja, la de tener que luchar con una coalicion; sin contar con que sus armamentos eran muy superiores en calidad á todos sus adversarios. Solo los navios dinamarqueses y franceses podian competir con los suyos, aunque con mucha dificultad tratándose de un combate entre escuadras numerosas; porque en las maniobras ninguna otra marina aventajaba á la de los ingleses. Sin embargo, el riesgo al fin era inminente, pues si se prolongaba la guerra nada tendria de extraño que el general Bonaparte intentara alguna expedicion formidable, y si lograba pasar el estrecho con un ejército, Inglaterra estaba perdida.

La antigua fortuna de Mr. Pitt iba á declinar como la de Mr. de Tugut, ante la fortuna naciente del jóven general Bonaparte. Pitt habia sido el personaje mas notable de sus tiempos despues de Federico el Grande. Tenia cuarenta y tres años de edad, y contaba ya diez y siete de mando y de mando casi absoluto, en una nacion libre, pero su fortuna habia ya caducado, y la del general Bonaparte, por el contrario estaba en su vigor y lozania, ó por mejor decir, apenas habia nacido. Las fortunas se suceden unas á otras en la histo-

ria del mundo, como los seres en el universo, y tienen su juventud, su vejez y su muerte. La del general Bonaparte, mas prodigiosa que otra alguna, tambien habia de acabar algun dia; pero antes era preciso que vencida por su ascendiente cayese la del ministro mas esclarecido de Inglaterra.

La Gran Bretaña parecia amenazada de una especie de trastorno social. Reducido el pueblo á las mas duras privaciones, se sublevaba en todas partes, saqueaba por los campos las mejores posesiones de la aristocracia británica, y no perdonaba en las poblaciones las tiendas de los panaderos, ni los almacenes de todos géneros. Habia en Londres en 1801, como en Paris en 1792, apasionados ciegos del pueblo, que provocaban disposiciones contrarias á los llamados *logreros*, y reclamaban el maximun, aunque la denominacion era diferente. No obstante, ni el gobierno ni el parlamento se mostraban dispuestos á ceder á tan locas pretensiones. Echábase á Pitt la culpa de todo cuanto se padecia, afirmándose que él era quien abrumando á la nacion á fuerza de tributos, y duplicando su deuda habia hecho subir á un precio exorbitante los artículos de primera necesidad, y que por su obstinacion en proseguir una guerra insensata y negarse á entrar en un ajuste amistoso con Francia, habia enemistado á todas las potencias marítimas contra Inglaterra, y privado al pueblo del indispensable recurso de los granos del Báltico. La oposicion por su parte, viendo decaido por primera vez el crédito de Pitt al cabo de 17 años, trabajaba con mas ahinco. Fox que en tanto tiempo se habia

negado á tomar asiento en el parlamento, acababa de presentarse en él mientras que Sheridan, Tierney y los lores Grey y Holland multiplicaban sus invectivas, lo que no acontece siempre en las oposiciones apasionadas, esta vez tenian razon contra sus adversarios. En efecto, Pitt apesar de su acostumbrada entereza, apenas sabia que responder cuando le preguntaban que motivos le habian obligado á no avenirse con Francia cuando el primer consul pedia la paz antes de la jornada de Marengo; á no consentir antes y despues de la de Hohenlinden, ya que no en el armisticio naval, que hubiera asegurado mas el dominio de los franceses en Egipto, á lo menos en la negociacion separada que le habian ofrecido; ¿por qué causa habia dejado perder tan prontamente la ocasion de que fuese evacuado el Egipto, negándose á ratificar el convenio de El-Arisch? Por qué razon no habia contemporizado con las potencias neutrales, y procurado ganar tiempo de esta suerte? Por qué no habia imitado á lord North, que en 1780 se guardó bien de responder á la declaracion de las potencias marítimas con una declaracion de guerra? Qué causa le habia movido á indisponerse con la Europa toda, por cuestiones dudosas del derecho de gentes, en que no estaba acorde nacion alguna, y que en la actualidad nada importaban á Inglaterra? Qué objeto se habia llevado en esponer á Inglaterra á verse privada de los granos estrangeiros, por impedir que entrasen en Francia algunas maderas de construccion, algunos hierros y cañamos, que no podrian en modo alguno levantar su marina? Y finalmente, por qué causa habia

estado paseándose inutilmente una escuadra inglesa desde Mahon al Ferrol, y desde el Ferrol á Cadiz?—Comparando despues los de la oposicion el manejo de los negocios de Inglaterra con el de los negocios de Francia, preguntaban con amarga ironia á Pitt que pensaba decir del jóven Bonaparte, de aquel temerario jóven que, segun el lenguaje ministerial, habia de tener como sus predecesores una existencia efimera, y no merecia siquiera que se entrase con él en tratos?

Trabajo costaba á Pitt contestar á Fox, Sheridan y Tierney, y á los lores Grey y Holland que le interpelaban de este modo á la faz de la Inglaterra, aterrada con el número de los enemigos, y conmovida con los gritos de un pueblo hambriento que pedia pan y no se lo daban.

A todo esto contestaba Pitt friamente repitiendo siempre su argumento favorito, de que sino hubiese hecho la guerra, la constitucion inglesa habria perecido; y citaba por ejemplo á Venecia, Nápoles, el Piamonte, la Suiza, Holanda y los estados eclesiásticos de Alemania, como si hubiera sido facil persuadirse de que lo acaecido á las potencias italianas ó alemanas de tercer orden pudiese servir de regla para la poderosa Inglaterra y sus instituciones liberales. Otras veces respondia, y con mas acierto á la verdad, que si Francia se hacia poderosa por tierra, Inglaterra habia adquirido preponderancia en el mar; que su marina se habia cubierto de gloria; que si su deuda y sus tributos se habian duplicado, tambien estaba duplicada su riqueza, y en fin, que bajo todos conceptos era á la sazón Inglaterra mucho mas poderosa, que antes de la guerra. Todo

esto era incontestable, Mr. Pitt añadia por lo demás, que el primer consul, ofrecia alguna mas estabilidad, y se trataria de entrar con él en negociaciones; pero en lo relativo á los derechos de la neutralidad se mostraba inexorable. Si la Inglaterra, decia, admitiese las doctrinas de las potencias neutrales, bastaría una lancha cañonera para custodiar el comercio del universo, y no podriamos intentar nada contra los intereses de nuestros enemigos, ni impedir que España recibiese los tesoros del Nuevo mundo, ni que llegasen á los puertos de Francia las municiones navales del Norte. Es menester, esclamaba, cubrirnos con nuestra bandera y sepultarnos en las aguas del mar, antes que consentir en que se admitan semejantes principios en el derecho marítimo de las naciones.

Acababan de sucederse dos legislaturas del parlamento sin intermision alguna. En noviembre de 1800 se reunió por última vez el llamado parlamento de Inglaterra y Escocia; y en enero de 1801 se congregó por vez primera el PARLAMENTO UNIDO de los tres reinos en virtud del bill que incorporaba la Irlanda á la Gran Bretaña. En ambas legislaturas continuaron sin interrupcion y mas acaloradas que de costumbre las discusiones. Mr. Pitt habia decaído visiblemente mucho, no con relacion al número de votos en el parlamento, sino á la influencia y autoridad morales. Todo el mundo conocia que por obstinarse en sostener la guerra contra Francia, habia llevado las cosas al extremo y desperdiciado en vísperas de la jornada de Marengo, y de la de Hohenlinden, la ocasion de concluir un tratado

ventajoso; y es desgracia irreparable que desprecien así la ocasion los hombres de estado y los que profesan la milicia. Pasada la oportunidad de hacer la paz, Pitt se halló abandonado por la fortuna, viéndose, como le vieron todos, vendido por el talento del general Bonaparte.

Preciso es sin embargo hacer justicia al ministro y a Inglaterra, diciendo que durante aquella terrible escasez hubo suma moderacion en cuantas medidas se tomaron. Fué desechada la idea del *máximum*; concediéronse premios considerables á la introduccion de granos, y se prohibió que se emplease el trigo en la destilacion de aguardientes, y que se diesen los socorros parroquiales en dinero, lo cual habria encarecido mas el pan, mandándose que se suministrasen en materias alimenticias, como carnes saladas, legumbres, etc. Un edicto real, dirigido á aquellas clases acomodadas que podian variar de alimentos, recomendaba que en las casas se hiciese todo el menor consumo posible de pan, y por último se despacharon numerosas embarcaciones que adquiriesen arroz en la India y trigo en América y en el Mediterráneo, y aun se procuró estraer alguno de Francia por medio del contrabando hecho en las costas de la Bretaña y de la Vendée.

Sin embargo, ni en medio de esta miseria, con tanta resignacion sufrida, se olvidó Pitt de los cuidados de la guerra; antes bien, hizo los preparativos necesarios para una campaña audaz en el Báltico, luego que la estacion lo permitiese. Querria escarmentar á Dinamarca, y despues á la Suecia, y penetrando en el interior del golfo de

Finlandia, amenazar desde allí á la Prusia; pero lo que no se sabe, ni aun en su misma patria, es si en aquellos momentos deseaba ó no permanecer al frente de los negocios de Inglaterra. Lo que sí se sabe de cierto es que suscitó en el seno del gabinete dos cuestiones, una de ellas inoportuna entonces, la cual produjo su retirada. Ya hemos visto que despues de los esfuerzos que hizo el año anterior consiguió efectuar la llamada *union de Irlanda*, es decir, la incorporacion en uno, de los parlamentos de Irlanda, Escocia é Inglaterra. Esta medida habia parecido una especie de victoria politica, sobre todo habiendo intentado repetidas veces la República francesa introducir el fuego de la insurreccion en Irlanda; pero no hubiera sido asequible á no haber mediado una promesa formal que se hizo á los católicos, la de su *emancipacion*. En efecto, se les habia dicho que jamás obtendrian su independencia de las preocupaciones de un parlamento irlandés, cosa que no podia ponerse en duda; pero parece que mediaron promesas equivalentes á un empeño formal, lo cual no podia menos de considerarse como grave falta, siempre que fuesen estos empeños de tal naturaleza, que se viese obligado Pitt á otorgar la emancipacion ó á retirarse; pero esto era prometer una cosa entonces imposible. Como quiera que sea, en el mes de febrero de 1801 cuando por primera vez se convocó el *parlamento unido* pidió Pitt la emancipacion al rey Jorge III, y este, protestante y devoto á un mismo tiempo, creyó comprometido su juramento en semejante resolucion, y se negó obstinadamente á ella. Propúsole Pitt otro proyecto, sin duda muy acertado, á sa-

ber, que no se considerase como un acto de hostilidad la ocupacion de Hannover por Prusia, y que se lisonjeara á esta potencia para conservar á lo menos una relacion en el continente; pero el sacrificio era demasiado grande para un príncipe de la casa de Hannover. Hizose, pues, mayor la desavenencia entre el soberano y el ministro, y el 8 de febrero de 1801, presentó esta la dimision con casi todos sus compañeros Dundas, Windham y lord Grenville, etc. Semejante dimision hecha por un ministerio que contaba 17 años de existencia y en circunstancias tan extraordinarias, no pudo menos de producir la mas profunda admiracion y sorpresa, y nadie pudo resolverse á considerarla como un suceso natural, sino que se atribuyeron ocultos designios á Mr. Pitt, y aun se levantó entonces una opinion popular, que despues han repetido los historiadores, á saber, que calculando la necesidad de una paz momentánea, se avisó al ministro Pitt á vivir retirado algunos meses para dejar que otros hiciesen esta paz, y recobrar despues las riendas del gobierno, así que hubiese pasado el apuro del momento. Tales son los motivos que el vulgo supone siempre á los hombres públicos; y los escritores mal informados los repiten segun han llegado á sus oidos. Pitt no previó la paz de Amiens ni su breve duracion (1); no creyó tampoco incompatible la paz con su permanencia al frente de los negocios, pues ya habia pasado por las famosas negociaciones de Lila

(1) Los pormenores que aquí refiero, me han sido suministrados por muchos contemporáneos de Mr. Pitt, intimamente unidos con él, que tuvieron parte en las negociaciones ministeriales de aquella época, y ocupan hoy todavía cargos eminentes en Inglaterra.

en 1797, y muy posteriormente nombrado á Mr. Tomás Grenville para que asistiese á las conferencias de Luneville. Mr. Pitt se habia comprometido mucho con los católicos, cometiendo una falta que cometen frecuentemente los hombres públicos, la de sacrificar al interés de hoy el interés de mañana. Habia prometido demasiado, y la repugnancia á quebrantar sus palabras, le puso en una situacion muy critica, que algunos enemigos mas bastaron para hacer desesperada. Verdad es que él afirmó luego positivamente no haber contraido jamás compromisos formales respecto á la emancipacion de los católicos, y todo esto era necesario para justificarse de su imprudencia. Como quiera que fuese jamás se presentó mejor ocasion, en que los peligros de un país permitiesen y aun mandasen aplazar la ejecucion de los compromisos contraidos, porque Inglaterra en 1801 tenia que luchar dentro con el hambre, y fuera con la Europa toda. Pero Pitt, dejó su puesto, y semejante determinacion no puede reputarse mas que como la debilidad de un hombre de relevante mérito. Ademas es evidente que al verse en medio de tantos conflictos desearia librarse de ellos bajo el honroso pretesto de la fidelidad inviolable á su palabra. Presentó, pues, su dimision á despecho del rey, con gran disgusto del partido ministerial, y con no menos sobresalto por parte de la nacion, que aguardaba con profunda ansiedad el momento en que empuñasen el timon del estado hombres nuevos y faltos de esperiencia. Pitt hizo que le reemplazase Mr. Addington de quien era protector y á quien habia mantenido en la presidencia de los Comunes,

por muchos años consecutivos. A lord Grenville ministro de negocios estrangeros, sucedió lord Hawkesbury despues lord Liverpool. Eran ambos los únicos ministros prudentes, moderados, pero no de gran capacidad, por lo cual, como tan amigos de Mr. Pitt, se guiaron algun tiempo por sus consejos; y esto mas que otra cosa dió lugar á la voz tan acreditada de que la separacion de Pitt era fingida.

Estas violentas agitaciones habian sometido á una prueba demasiado ruda, la débil razon de Jorge III, en términos de que le acometió nuevo acceso de demencia, y por espacio de un mes se halló inhabil para reinar. Pitt habia ya presentado su dimision, pero Mr. Addington y lord Hawkesbury, aunque estaban nombrados ministros, no habian entrado aun á desempeñar sus cargos; de manera, que Pitt que ya se habia retirado, fué verdadero rey de Inglaterra, durante esta crisis de cerca de un mes, y lo fué con consentimiento de todo el mundo. Sobre este punto mediaron algunas contestaciones en la cámara de los Comunes; y como eran de naturaleza tan delicada, fueron pedidas y dadas en un lenguaje digno por Sheridan y Pitt. Suspendiéronse todas las cuestiones que solian empeñarse sobre el estado del pais, y así no era extraño que abrigasen algunos la sospecha de que intentara Pitt prolongar de intento la especie de reinado que ejercia. —No se dude de nosotros, dijo; en el caso de que no pudiéramos recibir órden alguna de boca de S. M., propondríamos las medidas de que no es menester hablar ahora, pero que no diferiríamos un solo momento. Nuestro deber nos ha colocado

en una situación estracrlinaria, que no nos atreveríamos por nada de cuanto hay en el mundo á prolongar un instante mas que lo absolutamente necesario. —A estas palabras contestó Sheridan, manifestando la persuasion en que estaba de que ni Pitt ni otro ministro alguno queria aprovecharse del estado de la salud del rey para prolongar ni un minuto siquiera aquel poder, equivalente á la misma soberania.

Observóse, pues, la mayor reserva, y ni una vez sola se pronunció la palabra que caracterizaba la verdadera situacion del rey, la de locura; aguardándose con ansiosa inquietud, pero con la mayor prudencia el término de aquella crisis extraordinaria. Durante este tiempo hacia Pitt votar los subsidios, á los que nadie oponia dificultad; se preparaban las escuadras inglesas en los puertos, y salieron de Yarmouth con cuarenta y siete velas los almirantes Parker y Nelson en direccion al Báltico.

Por fin á mediados de marzo, se restableció el rey, y Pitt entregó las riendas del gobierno en manos de Addington y lord Hawkesbury. Al hablar de si los nuevos ministros, segun costumbre, el dia en que tomaron posesion, declararon en el parlamento que tributaban el mayor respeto á sus predecesores, y consideraban su política como una política saludable que habia salvado á Inglaterra; concluyendo por afirmar que arreglarían su conducta á los mismos principios y darian los mismos pasos. —Entonces ¿qué vais á hacer? les dijeron Sheridan, Grey y Fox; si habeis de seguir la misma conducta, los ministros que acaban de retirarse, eran mucho mas habi-